



Nîmes, 22 de diciembre de 1855

IMITAR A NUESTRO SEÑOR EN SU VIDA EN EL SANTISIMO SACRAMENTO, SU VIDA EN LA GLORIA Y SU VIDA EN LA IGLESIA

Hermanas mías,

Quiero hablaros hoy de varios misterios por los cuales podéis ser impulsadas a imitar a Nuestro Señor.

Primeramente, en su vida en el Santísimo Sacramento. ¿No encontráis aquí el modelo de toda perfección religiosa? Mirad la obediencia de la Sagrada Forma. Independientemente del sacerdote, que la consagre, que la tome, que la lleve, se deja hacer. Puede colocarla en los labios de un sabio o de un ignorante, de un santo o de un indigno. La Sagrada Forma se entrega a quien el sacerdote la quiera dar, no opone ninguna resistencia.

Hay todavía otra enseñanza. En el Santísimo Sacramento no veis más que el pan y creéis firmemente que Nuestro Señor está escondido bajo esas apariencias, aunque sean débiles y miserables. De igual forma, hermanas, las superiores son sacramentos, y en las ordenes que las superiores os dan, las advertencias, los avisos que recibís, no debéis deteneros en las apariencias, por endeables y miserables que puedan ser.

Debéis mirar a Jesucristo escondido detrás y creerlo ahí, como lo creéis en el Santísimo Sacramento. Así una religiosa imperfecta, muy imperfecta de verdad, podría pensar: “tal razón hace actuar a mi superiora, es un consejo que le han dado, ella no conoce bien el asunto; puede equivocarse”. Para vosotras, poco importa lo anterior, poco importa que se lo hayan dicho o aconsejado, poco importa que sea de tal o de cual manera. La apariencia no es nada, Jesucristo está ahí.

Ved también qué espíritu de anonadamiento. Algunos granos de trigo son suficientes para que Nuestro Señor Jesucristo descienda sobre el altar a las palabras del sacerdote. ¡Qué recogimiento! ¡Qué humildad en la Sagrada Forma! Nuestro Señor no habla exteriormente. No da ningún consejo, se deja ultrajar, insultar. ¡Qué abnegación! ¡Qué abandono! Esas virtudes deben ser el fundamento de la vida interior, la cual es una vida de separación. Nuestro Señor está ahí, no para Él sino para nosotras. Vive para nosotras en la Sagrada Forma. Vivamos así también, no para nosotras, sino para los demás. ¡Cómo a menudo está solo! ¡Qué espíritu de soledad y de oración! ¿Qué hace en esas largas horas de soledad y de abandono, por la noche? Ora a su Padre, intercede por nosotras, mientras que nosotras dormimos. Y si nos despertamos, ¿pensamos en Él enseguida? ¿Siempre es Él nuestro primer pensamiento?

¡Qué espíritu de pobreza en la Sagrada Forma! Si el altar donde lo hacen bajar es rico, desciende, pero no está apegado, puesto que lo pueden quitar y llevar adonde uno quiera. Si el altar está completamente despojado, Jesucristo desciende con la misma felicidad. Y esto todavía no es nada en comparación con la pobreza de los corazones.

¡Qué espíritu de sacrificio en la Sagrada Forma! Es un misterio que se adora pero que se comprende raramente. Felices las almas para quienes la alegría no está más que en el sacrificio, en los sufrimientos.

Cuando se ha comprendido ese misterio, es necesario permanecer ahí, es inútil buscar otra cosa. En este sacramento Jesucristo continúa siempre el sacrificio que ha ofrecido una sola vez. Es la Víctima ofrecida por los pecados del mundo, colocado entre el cielo y la tierra para obtener misericordia. Así pues, hermanas, ¿no mezclaremos, como dice el Padre d'Alzon, un poco de la sangre de nuestra voluntad a la del Cáliz? ¿No nos ofreceremos para sufrir con Jesucristo, primeramente, por nuestros propios pecados y, a continuación, por los de los demás? Ninguna de nosotras no puede decir que no ha cometido pecados mortales. Sabemos ciertamente que hemos cometido varias veces pecados veniales con consentimiento. ¿Y qué es cometer pecado venial con consentimiento? Es decir a Dios: "No os obedeceré". Hermanas, no conviene que una esposa de Jesucristo deje a su Esposo llevar la expiación de sus faltas. Es necesario que se ofrezca ella misma, que sufra ella misma, entregándose al espíritu de penitencia.

Jesucristo está también en la Sagrada Forma en espíritu de adoración y de alabanza para su Padre. Es un espíritu que debe ser el vuestro y que este espíritu de adoración por nuestro Padre celestial sea en unión al de su Hijo. Espíritu de adoración que debéis tener en vuestras oraciones, en vuestro Oficio. Rezar, en espíritu de adoración; obedecer, en espíritu de adoración; trabajar, en espíritu de adoración. Podéis hacer todas vuestras acciones con este mismo espíritu. Si os acostumbraseis a vivir así interiormente, encontrareis una gran ayuda para rezar bien el Oficio, lo que mucho deseo. Acostumbraos a decirlo en unión con un misterio de Nuestro Señor o en unión con su propia adoración.

Todavía tengo que hablaros de dos vidas de Nuestro Señor: su vida en la gloria y su vida en la Iglesia.

Después de su Ascensión, Nuestro Señor vive glorioso en el Cielo. Es un estado de gloria en el cual se piensa poco y, sin embargo, puede ser muy provechoso. Es un estado de alegría y de felicidad. Las almas que se sientan atraídas así, deben vivir en paz y en calma, porque es la unión con Dios y el reposo perfecto.

Pero Jesús vive también en el Papa, sucesor de san Pedro, y no solamente en él, sino en toda la Iglesia como dice esta palabra: "Estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos"¹

Él preside y Él habla por el Santo Padre. Pero en el pensamiento de Jesucristo, la Iglesia entera es su cuerpo místico y cada fiel uno de sus miembros. Esto es un gran consuelo para nosotras, porque las religiosas deben ser el corazón, es decir el sentimiento. ¡El sentimiento de Jesucristo! ¡El afecto de Jesucristo!

Así, hermanas, ¿podemos soportar la idea de ver quemar a uno de los miembros de Jesucristo? ¿De ver sufrir a Jesucristo? ¿Y este pensamiento de los miembros de la Iglesia, que son los miembros de Jesucristo, no debe llevarnos al espíritu de celo y de penitencia?

En primer lugar, para vosotras mismas. Desprendidas de todo cuidado exterior, podréis entregaros más al espíritu de penitencia, os desgastaréis menos en servicio al prójimo, debéis entrar en un mayor espíritu de celo a través de la expiación.

Además, no estáis aquí por vosotras mismas. Faltaríais al fin de vuestra Congregación, no responderíais a vuestra vocación si no fuerais víctimas de penitencia. ¿Creíais que Dios ha hecho tantos milagros para traeros aquí, sólo por vosotras? Estáis por toda la Congregación, estáis también como holocaustos, colocadas entre la ciudad de Nîmes y el cielo.

¹ Mt. 28,20